

# HERMANITA

---

Pasara lo que pasase en toda mi vida, despreciando las penurias sufridas y olvidando los momentos de aflicción, sólo puedo mencionar un suceso que me cambiaría, no sé si para bien o para mal, y que haría de mí el hombre que ahora soy.

Tendría, digamos, cuatro años. Vivía en una preciosa casita a las afueras de Dinamarca, que a pesar del frío parecía sacado de un cuento primaveral con haditas y flores.

Amaba mi vida y mis padres sólo se preocupaban de que mi caballito-balancín no se rompiera, de prepararme fresas con nata y de achucharme en la cama por las noches cuando soñaba con genios verdes y laberintos oscuros. Todo era perfecto; hasta tenía un gatito, Luis, de color grisáceo, panza blanca y morrito rosado y tierno.

Empezaba a ir a una guardería, pero mamá desistió, quizás porque lloré demasiado. Pero entonces ella empezó a comportarse de una forma extraña. Pasaba mucho tiempo en el lavabo (y yo tenía que aguantarme), para después salir con los ojos rojos y toda mareada. Papá sabía lo que pasaba, pero no me lo decía. “Estará malita”, pensé, aunque les escuché hablar, a papá de un modo como desesperado, o con asombro, y a mamá asustada.

Todo cambió cuando la barriga de mamá se puso enorme; nunca la había visto tan gorda y me extrañó, ya que ese verano no había comido en exceso. Yo quería que me abrazara o que jugara conmigo en el parque, pero siempre estaba acostada. Y no quería que le diera golpes o que me subiera encima. Me enfadé mucho; papá la sustituyó en cierto modo, pero yo la quería a ella. Pasaban los meses y cada vez se movía menos. Una vez me pidió que me acercara y que tocara con cuidado su abultada barriga. Lo hice delicadamente y cuando la toqué sentí algo. Me asusté y retiré la mano. Ella dijo: “Pero si está dando pataditas”. La miré extrañado y pensé de repente en cuando mi padre me

enseñaba a jugar al fútbol y yo le daba “pataditas” al balón, que era tan grande como mi cabeza. Me fui de la habitación pensando en qué querría decir aquello.

Y seguían pasando los meses. Un día papá no me recogió en la casa de un amigo a la hora acordada, y cuando llegó se disculpó ante el padre del niño con: “una falsa alarma, lo siento”. El otro asintió y le invitó a un café para reponerse del susto. ¿Una falsa alarma? Quizás se le había escapado una cerilla y casi quemaba la ropa, pero al final consiguió apagarla.

Un día mamá gritó y papá la subió de inmediato al coche, luego llamó al tío Frank para que se quedara conmigo “un buen rato”. Me asusté mucho y ni las chocolatinas ni los nuevos juegos de consola pudieron calmarme. Papá no volvió hasta la medianoche, pero mamá no le acompañaba. Simulé dormir y le escuché conversar con su hermano. Decían algo sobre un parto difícil, una niña y que la estancia de la parturienta se prolongaría dos o más días.

“¿Parto?, ¡pero qué es eso?! ¿Por qué nadie me explicaba nada? ¿Qué le pasaba a mamá?... pensé y momentos después me desperté como si sólo hubiera pasado un segundo desde que cerré los ojos.

Al cabo de dos días mamá llegó seguida de parientes con regalos y sonrisas y un capacito, objeto de todas las miradas y halagos. Otra pregunta más a mi interminable lista: ¿regalos? ¿De quién era el cumpleaños? ¿Y ese capacito? (que casualmente fue el mío cuando fui más chiquitín). Paseé por el salón malhumorado, evitando las sonrisas y me dirigí a mi capacito; quizás sólo fuera otro regalo, aunque creo que era el más grande y valioso. Me asomé y entonces la vi.

Cubierta con una manta de conejitos asomaba una cabecita redonda y rosada. Su carita era muy expresiva y sus rasgos grandes, ojos bien abiertos de un azul grisáceo, chupete en su boquita y naricita respingona. Su pelo, escaso, era del mismo color que el mío y apenas cubría sus diminutas orejitas. La miré boquiabierto. Sus bracitos se movían

deseosos de alcanzar algo y emitía graciosos sonidos, supuse que todavía no había ido al cole. De repente fijó su alegre mirada en mí. Alargó un poco más una mano y alcanzó mi mejilla, la acarició y emitió un sonido parecido a una risa. Sonreímos los dos a la vez, me gustaba esa cosita, era graciosa y me inspiraba ternura. Pero en un momento se acabó todo. Ella subió sus deditos por mi cabeza y agarró un mechón de mi pelo. Pensé que sólo quería jugar o verlo, pero en cambio tiró de él y yo grité.

Me aparté bruscamente, y con razón, cosa que produjo el llanto del “monstruito”. Sí, monstruito, ningún niño, por malo que fuera, te acariciaría o te daría un beso para luego pegarte. Lo uno o lo otro. Pero lo que me dejó atónito y dolido fue que todos, en vez de acercarse a ver como estaba yo, fueron corriendo al capacito para consolar a aquella cosa.

Bueno menos mal que se iba a marchar. Pero, cuando ya se fueron todos los invitados de la “fiesta” el capacito seguía allí. Me acerque a mamá y le pregunté: “Mami, ¿cuándo se va eso?” Ella miró a papá indecisa, se agachó hasta mi altura y me dijo: “Cariño, ella se va a quedar aquí con nosotros, es tu hermanita”.

“¿Hermanita?”

Y al final sí me enteré de lo que significa despertarte a las dos de la madrugada porque tu “hermanita” llora o chilla pidiendo un biberón, tener que esconder tus juguetes para que ella no los rompa o se los quede, comerse la comida muy rápido para que no la tire, junto a la de ella, por el suelo y sobre todo no poder tener a papá y a mamá todo el tiempo para mí. Así que para vengarme le robaba el chupete o el biberón y le mordía la mano aunque no sé para qué lo hacía, ella se ponía a llorar y llorar, papá venía a consolarla y a mí me castigaba.

Adela, ese era su nombre, el mío Max. Éramos como dos gotas de agua, la gente decía que si yo fuera chica sería como Adela y que si ella fuera chico sería como yo. La verdad es que cuando ya podíamos salir juntos a jugar,

Adela y yo entendíamos perfectamente los conceptos de hermandad y camaradería. Al fin y al cabo nos conocíamos el uno al otro mejor que cualquier otra persona y yo me sentía, seguramente, mejor con ella que cuando estaba solo. Me gustaba ser el mayor, el que tenía respuestas para todo, el mejor parado en todas las comparaciones y el que tenía más madurez y responsabilidad.

Adela creció como yo y, como yo, se enamoró de la nieve y el hielo. El invierno era nuestra estación favorita, nos encantaba esquiar, descender, pasar frío. Cuando tuvimos más edad practicamos snow-board y patinaje sobre hielo. Ella era una excelente patinadora. A veces me quedaba parado en medio de la pista observando sus femeninos y elaborados movimientos. Si no hubiese pasado aquello se habría inscrito en un curso de patinaje artístico con su música y acrobacias.

“Si no hubiera pasado aquello... “Aquello ocurrió un invierno cuando ella tenía dieciséis años, ya oscurecía y tomábamos chocolate caliente en la cabaña cuando me dijo que se iba a deslizar una vez más. No me pareció mal, la ayudé con los esquís y le recordé que sólo una. Pero tardó más de media hora, ladeé la cabeza y fui a buscarla. No la encontré por ninguna parte, ni por las montañas, ni en el bosque, ni en el lago helado. Me asusté y llamé al centro de esquí, a los guardabosques y a los gendarmes.

Estuvimos buscando toda la noche. En vano. Yo me separé de ellos por la mañana, a las doce estaba recorriendo el lago helado por tercera vez cuando vi una gran cueva en la orilla oeste, caminé torpemente intentando no resbalarme con el hielo de la entrada. Al fondo estaba ella, tumbada y casi azul de frío.

Sin saber cómo, la llevé en brazos hasta el centro de auxilios más próximo donde llamaron a una ambulancia y después al hospital. Le diagnosticaron hipotermia y una fractura parcial de la tibia y de algunas costillas. Estuvo inconsciente durante una semana y yo no salí de su habitación, apenas dormía. Sólo pensaba en nosotros, en ella cuando era una niña curiosa y en la última vez que la

vi. Pensaba que eso era culpa mía aunque todos intentaban convencerme de lo contrario alegando que atravesaba un comprensible estado de shock postraumático. Al séptimo día abrió los ojos y me sonrió. Sabía que estaba bien, yo cerré los míos y sonreí para mí mismo.

Esa es la relación de dos hermanos, podrían pelear y discutir, pero en el fondo y a lo largo de toda la vida se amarán, desearán estar juntos y cuidarse mutuamente para siempre. Eso fue lo que pensé en aquel momento y lo que sigo creyendo ahora, cuando tengo ya noventa años y ella sigue aquí a mi lado, mi hermanita.

**AURORA REY LÓPEZ, 13 años**

Huelva